

populares perdidas en la memoria como el Mielero y el Amolador, destacó personajes del quehacer nacional como el famoso cochero caraqueño Isidoro Cabrera, el compositor Juan Vicente Torrealba, la popular cantante Emilita Dago (vocalista principal de la orquesta rival, Los Melódicos) y tantos otros que fueron ensalzados en sus canciones. Magallanes, su equipo de beisbol y el más popular del país (con el perdón de los caraquistas), fue homenajeado en varias canciones, con letras muy pegajosas dirigidas a estimular a sus fanáticos. En fin, Billo logró, como ningún otro compositor, construir una simbología profunda e indeleble con la cual se asociaba él como persona y su música como vínculo comunicacional.

5. **Deseo de trascender.** Nadie sabe si el tema de la trascendencia fue algo que se propuso el Maestro al principio de su azarosa carrera, o si fue el resultado de su participación en los diferentes escenarios donde le tocó actuar. Pero lo cierto es que, cuando fue invitado a dirigir la Orquesta Sinfónica Venezuela en 1988 con motivo del homenaje que la ciudad de Caracas le preparaba por su quincuagésimo aniversario de vida musical, su figura había rebasado ampliamente el ámbito reducido de las fiestas bailables y se había convertido en ícono nacional, reconocido ampliamente en Latinoamérica, muy especialmente en República Dominicana, Colombia, Ecuador, Puerto Rico y Centroamérica. La mejor ilustración de esta afirmación es que 26 años después de su fallecimiento los diferentes montajes que ha puesto en escena Federico Pacanins en el Aula Magna de la Ciudad Universitaria, en la Torre Corpbanca (ahora BOD) y recientemente en el Trasnocho Cultural, han tenido llenos totales; por supuesto, con muchas canas a la vista, pero también con un número apreciable de jóvenes que, al igual que sus padres y abuelos, aprecian la música de este gran dominicano que llegó a Venezuela casi por accidente en 1937 y se convirtió en uno de los más importantes compositores latinoamericanos de música bailable.

Algunas ideas expresadas aquí con carácter de afirmación no son sino juicios, algunos insuficientemente sustentados, que reflejan la humana admiración que siento por el Maestro Billo Frómata que en muchos aspectos marcó positivamente mi adolescencia y temprana adultez. ■

## DILEMA SOCRÁTICO

### Enrique Ogliastri

PROFESOR DEL INCAE / ENRIQUE.UGLIASTRI@INCAE.EDU

La plaga del siglo entre los jóvenes estudiantes es su falta de concentración. Los profesores enfrentan en clase a grupos inmersos en sus computadores, tabletas o teléfonos, que realizan al mismo tiempo que la clase otras labores rápidas de atención dispersa. Esto es muy eficiente para ellos. Llevan una vida de urgencias en la cual la concentración a fondo en un tema no se ejerce. Además, ¿se lo merece el profe?

Siempre ha habido educación de baja intensidad. Einstein se aburría en clase, no obtenía buenas notas en la escuela. La conferencia tradicional es de baja intensidad, por bueno que sea el expositor. La clase participativa en la que discuten entre sí los estudiantes suele ser más intensa, pero depende mucho de la calidad de las preguntas

**Un buen profesor consigue desarrollar en sus estudiantes dos capacidades a la vez: 1) aprender a concentrarse, a conseguir la excelencia, a pensar a fondo y con amplitud en un problema; y 2) aprender a hacer varias cosas a la vez, la capacidad multitarea, policrónica, flexible y de rapidez mental**

del profesor: si logra sacar las mejores respuestas, diversidad de análisis y diálogos entre los estudiantes. El mejor profesor es quien sabe hacer buenas preguntas.

La esencia de la educación no es la enseñanza sino el aprendizaje. Se puede «enseñar» mucho, sin que en clase se aprenda nada: arar en el desierto. El verdadero maestro se preocupa más por lo que piensan y concluyen los estudiantes que por su propio discurso (que es apenas un instrumento). Algunos profesores han pasado de planear objetivos de enseñanza a diseñar objetivos de aprendizaje para sus estudiantes en cada clase, pero sin imposición: cada estudiante aprende lo que quiere

o puede. De una clase de discusión pueden salir diversos aprendizajes, según lo que cada estudiante aprenda. El profesor es como un agricultor que planta semillas diversas; algunas germinan, otras solo germinan en un tipo de estudiante. Está consciente de la diversidad de intereses y desarrollo personal o profesional de los estudiantes. Por eso el educador se plantea que cada clase tiene objetivos de enseñanza (suyos) así como de aprendizaje (de sus estudiantes). Se es buen profesor si los estudiantes, en sus propios términos, aprenden algo.

Según estudios recientes el aprendizaje de una persona se ve restringido por la falta de sueño, por el estrés que enfrenta y por la emoción (o sentimiento) que le hace fijar una idea en su memoria. Al preparar una clase de ochenta minutos, el profesor está consciente de que ninguna persona mantiene la atención por más de quince minutos. Una buena clase se fracciona en bloques cortos de conocimiento, ciclos de atención que cambian de temas, medios (presentaciones, videos), focos y hasta la voz, porque una clase es tan efectiva como una representación teatral.

El cerebro también funciona sin control y cualquiera se distrae. La dificultad para fijar la atención y concentrarse en algo por un tiempo impide profundizar; tampoco permite examinar la complejidad total de los problemas.

Al resolver todo por impulsos de primera vista se puede conseguir eficiencia, porque se hacen muchas cosas al tiempo, pero saber concentrarse es necesario en la vida y construye sabiduría.

Un buen profesor consigue desarrollar en sus estudiantes dos capacidades a la vez: 1) aprender a concentrarse, a conseguir la excelencia, a pensar a fondo y con amplitud en un problema; y 2) aprender a hacer varias cosas a la vez, la capacidad multitarea, policrónica, flexible y de rapidez mental. Desarrollar ambas capacidades al mismo tiempo es difícil y por ello es un dilema socrático. ■